

La Revolución Cubana: lecciones para recordar *

Atilio A. Boron

***Director del PLED, Programa Latinoamericano
de Educación a Distancia en Ciencias Sociales***

La Revolución Cubana cumple cincuenta años, y se reafirma como uno de los procesos políticos más relevantes e interesantes del mundo contemporáneo. Sin temor a exagerar podríamos aplicarle aquella caracterización que G. W. F. Hegel reservaba para episodios como la Revolución Francesa: se trata de un suceso de significación “histórico-universal”. Y lo es por su génesis, por su desarrollo, por las enormes dificultades que tuvo (¡y todavía tiene!) que vencer para no ser aplastada por el imperialismo y por su asombrosa capacidad de resistencia en un mundo que, a comienzos de los noventa, celebraba alborozado la desaparición de los mal llamados “socialismo realmente existentes”, que precisamente se derrumbaron por no ser genuinamente socialistas. De haberlo sido no hubieran tenido el ignominioso final que tuvieron. Justamente por ser socialista Cuba resistió a ese verdadero cataclismo, sobrevivió con dignidad y pese al criminal bloqueo al que ha sido sometida por casi medio siglo y las crecientes restricciones de la economía global pudo seguir garantizando servicios de salud, educación, seguridad social, recreación y deporte, amén del apoyo a las más diversas expresiones de la cultura, que no tienen parangón en América Latina y tan buenos o mejores que los que se encuentran en los países más desarrollados.

Una historia tan densa y rica como esta es a la vez fuente de aleccionadoras conclusiones que deberían ser motivo de honda reflexión por parte de las fuerzas que, en nuestra América, bregan por la emancipación y el socialismo. En lo que sigue haremos una rápida evaluación de las que, a nuestro juicio, son las principales, dejando otras para una ulterior ocasión.

Rebelión contra el dogmatismo.

La cubana fue una revolución que puso en crisis la lectura dogmática del marxismo. Constituyó un caso “raro”, porque se apartaba de lo que

* Este trabajo relabora un fragmento del artículo titulado “La revolución cubana: de modelo a inspiración”, que aparecerá en el N° 254 de la *Revista Casa de las Américas*, Enero-Marzo de 2009.

establecían los manuales y los libros sagrados: si en su existencia práctica no se presentaba tal cual estos lo prescribían, lo que estaba ocurriendo en la isla no podía ser una revolución. Tenía que ser otra cosa. A causa de este sesgo libresco que prevalecía en buena parte de la izquierda latinoamericana y caribeña la revolución cubana fue recibida con gran desconfianza: por las distintas variantes de la izquierda tradicional, que no escatimó adjetivos para apostrofarla: “aventurerismo pequeño-burgués” y “putchista” fueron dos de las calificaciones más utilizadas por quienes confundían a la teoría marxista con un libro de recetas de cocina o un manual para escolares. Y en este yerro persistió un amplio arco de corrientes políticas que iban desde el estalinismo hasta el trotskismo, pasando por variopintas estaciones intermedias.

No fue sencillo rectificar tan grotescos desaciertos; por eso el camino de retorno para muchas de estas fuerzas fue largo y empinado y, en no pocos casos, insumió parte de la década del sesenta. Playa Girón fue muy elocuente al revelar las intenciones del imperio (que nunca se equivoca a la hora de identificar amigos y enemigos) y poner en evidencia la naturaleza socialista de la revolución, lo que facilitó que muchos partidos comunistas y de izquierda comenzaran a convencerse de que lo que estaba ocurriendo en Cuba era un inédito proceso de construcción socialista. No obstante, ciertas variantes de la ultra-izquierda, esa enfermedad infantil a la que sabiamente se refería V. I. Lenin, todavía hoy no han concluido este proceso y siguen prisioneras de una caracterización inadecuada no sólo de la revolución cubana sino de toda la escena internacional. Algunas de estas sectas, por ejemplo, todavía sostienen que mientras Fidel “no arroje a puntapiés a los yankees de Guantánamo” mal puede hablarse de socialismo en Cuba. Fuerzas presuntamente de izquierda continúan haciendo gala de un pensamiento lineal, mecánico y antimarxista por excelencia, amén de una colosal ignorancia de las cuestiones internacionales.

Dentro de este panorama, en donde la lectura en clave dogmática del marxismo afectó tan profundamente a las fuerzas de la izquierda, mención especial le cabe a algunas brillantes excepciones. Hombres como Salvador Allende, del Partido Socialista de Chile (el de sus mejores tiempos, no el de

su decadente actualidad) y, entre nosotros, en la Argentina, a gentes como Rodolfo Walsh, Ezequiel Martínez Estrada y Alfredo L. Palacios tuvieron la virtud de percibir de inmediato la naturaleza profundamente revolucionaria del Movimiento 26 de Julio y su liderazgo. Pero fueron brillantes excepciones a la regla. Conciente y a la vez despreocupado por esa incompreensión el Che no ahorró ni una sola de sus ironías para burlarse y criticar a quienes descalificaban la Revolución Cubana por haberse “salido de los libros”, por no ser lo que debería haber sido —bajo quién sabe qué supuestas condiciones históricas ideales.

El problema del dogmatismo y la interpretación libresca de los procesos históricos remite a una vieja cuestión en el movimiento comunista internacional: recuérdese el célebre artículo de Antonio Gramsci en *L'Ordine Nuovo* titulado nada menos que “La revolución contra *El Capital*”. En ese trabajo el fundador del Partido Comunista Italiano comenta como la empresa acometida por Lenin y sus compañeros ponía al desnudo las limitaciones de los apóstoles de una lectura acrítica, mecánica y lineal del libro de Marx. Y también, antes que Gramsci, las reiteradas observaciones de Rosa Luxemburg sobre el tema de la “madurez” de la revolución: para ella las condiciones nunca estarían completamente aseguradas y el asalto al poder por parte de las clases y capas subalternas siempre tendría un componente de inmadurez. Esos ataques “prematurados”, recordaba Rosa en *¿Reforma o Revolución?* constituyen un factor importantísimo en el largo proceso de aprendizaje popular que, eventualmente, podrá culminar con la victoria definitiva de la revolución.¹

La fútil búsqueda de modelos

La segunda lección es un corolario de la anterior: ninguna revolución digna de tal nombre es producto de un laboratorio, o de una receta libresca. No sólo no existe un modelo para copiar sino tampoco hay un libro en el cual se encuentre la receta para la revolución. En su discurso pronunciado

¹ Rosa Luxemburg, *¿Reforma o revolución?*, Grijalbo, México, 1967, p. 97. El título verdadero del libro, en el original alemán, es *¿Reforma social o revolución?* Ediciones Luxemburg estará lanzando a comienzos del año próximo una nueva edición de esa obra, con una cuidadosa revisión y actualización de la traducción y un estudio introductorio a cargo del autor de estas líneas.

al conmemorarse el sexagésimo aniversario de su ingreso a la Universidad de La Habana Fidel dijo que “una conclusión que he sacado al cabo de muchos años: entre los muchos errores que hemos cometido todos, el más importante error era creer que alguien sabía de socialismo, o que alguien sabía de cómo se construye el socialismo.”² Por eso no podría ser más oportuno en tiempos como los que corren recordar la conocida sentencia de Simón Rodríguez: “o inventamos o erramos”. La revolución socialista será creación histórica o no será. En síntesis: será necesario elaborar, en función de las condiciones históricas concretas de cada país, lo que sería un proyecto socialista aquí y ahora y en donde no hay lugar alguno para la copia porque no hay un proyecto único ni un modelo ideal a imitar. A propósito de este tema, conviene recordar las palabras pronunciadas un siglo después de las de Rodríguez por José C. Mariátegui. En “Aniversario y balance” el notable marxista peruano sostenía que: “la palabra Revolución, en esta América de las pequeñas revoluciones, se presta bastante al equívoco. Tenemos que reivindicarla rigurosa e intransigentemente. Tenemos que restituirle su sentido estricto y cabal. La revolución latinoamericana será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente la revolución socialista. A esta palabra agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: antimperialista, agrarista, nacionalista revolucionaria. ... No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. Debe ser creación heroica. Tenemos que dar vida con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva”³

Las reflexiones de Rodríguez y Mariátegui podrían resumirse parafraseando la poesía de Antonio Machado y diciendo algo así como “socialista no hay modelo, se hace el modelo al andar”. Se lo hace en la praxis histórica concreta de la construcción del socialismo y en las

² Discurso en el acto por el sexagésimo aniversario de su ingreso a la universidad, efectuado en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, 17 de noviembre de 2005. Reproducido bajo el título de “Esta revolución no la pueden destruir ellos, pero sí nuestros defectos y nuestras desigualdades” *Rebelión*, 6 de diciembre de 2005, p. 21.

³ José Carlos Mariátegui, “Aniversario y balance”, *Ideología y Política*, Lima: Amauta, 1969, pp. 247-249.

condiciones irrepetibles, originales y concretas bajo las cuales cada uno de estos procesos tiene lugar.⁴

Lo anterior para nada equivale a despreciar las teorías que suelen estar contenidas en algunos libros, y hay pocos que sean más respetuosos de la teoría que el propio Fidel. Todo lo contrario: sigue siendo tan válido como antes el *dictum* leninista que afirma que “sin teoría revolucionaria no hay práctica revolucionaria.” Claro que para comprender lo que esta cita realmente significa es preciso recordar otra, que también se la debemos a Lenin, y que dice que “el marxismo no es un dogma sino una guía para la acción.” La Revolución Cubana no fue excepción a esta regla: inspirada en la tradición revolucionaria marxista y notablemente enriquecida por los aportes teóricos y prácticos a la vez de José Martí y de Julio Antonio Mella, jamás fue un salto al vacío o un desafío al imperialismo y la dictadura batistiana fundado exclusivamente en el heroísmo, la abnegación o la determinación de su líder y su grupo dirigente. Había una concepción teórica que orientaba la acción, que guiaba la praxis insurgente. Pero, a diferencia de otros procesos, esta concepción nunca fue concebida como una cárcel de ideas en la cual apresar la realidad sino, en la mejor tradición leninista, como una caja de herramientas de la cual extraer los mejores instrumentos para hacer realidad la “Tesis Onceava” de Marx: cambiar el mundo y no sólo interpretarlo.

Invalidación del fatalismo

La epopeya de Cuba constituye un rotundo mentís a toda suerte de fatalismos (geográficos, económicos, políticos) y demuestra que la revolución está muy lejos de ser sueño imposible o la inverosímil alucinación de revolucionarios trasnochados. Aún a 90 millas de los Estados Unidos, casi “en las entrañas del monstruo” como dijera Martí, medio siglo de historia demuestran la falacia de los determinismos geográficos o de los fatalismos pesimistas. Su sobrevivencia comprueba que no es cierto que la revolución sea una empresa imposible —como todavía muchos siguen diciendo— porque estamos en el patio trasero del

⁴ Hemos examinado este tema con cierto detalle en nuestro *Socialismo Siglo XXI. ¿Hay vida después del neoliberalismo?*, Espartaco, Buenos Aires, 2008. Ver cp. 3.

imperio o porque al ser naciones del Tercer Mundo nuestro subdesarrollo nos condena fatalmente a una lenta agonía marcada por la miseria y la degradación en todos los órdenes de la vida social.

La revolución cubana pudo resistir, y pudo subsistir, pese a durísimas condiciones que difícilmente puedan reeditarse en el futuro. De hecho nada parecido tuvo lugar en países como Venezuela, Bolivia o Ecuador. Cuba resistió a medio siglo de feroz bloqueo; a las privaciones del “período especial” una vez derrumbada la Unión Soviética y el Comecon; a agresiones de todo tipo, desde el “cordón sanitario” establecido en 1962 con su infame expulsión de la Organización de Estados Americanos hasta toda clase de atentados, invasiones, sabotajes y asesinatos que dejaron a su paso una estela de muerte y destrucción. La pregunta inevitable es: si Cuba pudo, ¿qué no podrían hacer países como Brasil o Argentina? ¿Por qué estos países, ya a comienzos de este siglo y con gobiernos de signo “centro-izquierdista”, demostraron ser tan pusilánimes y timoratos a la hora de lanzar no ya una revolución, como la cubana, sino un modesto, un muy modesto programa de reformas sociales? ¿Qué fue lo que falló? ⁵ Sería difícil precisarlo en este momento; por ahora es suficiente comprobar que no había nada inexorable en tan decepcionante desenlace y que cualquier tipo de explicación que se funde en una premisa fatalista es insanablemente errónea.

Por el contrario, lo que puso en evidencia el proceso revolucionario cubano —su triunfo y su cincuentenaria persistencia contra viento y marea— no sólo desmiente al determinismo geográfico o economicista sino que revaloriza, como pocas experiencias en el mundo, el papel de la voluntad política, de la conciencia y la organización. Curiosamente, en muchos análisis pretendidamente marxistas el papel de la voluntad política apenas si es tenido en cuenta. Por supuesto, no se trata de compensar este desequilibrio, de sesgo fuertemente economicista —y, por eso mismo, conservador— promoviendo ahora una antitética exaltación del voluntarismo. Pero hay que tener en cuenta que toda revolución es un

⁵ Hemos examinado el caso de la Argentina en nuestro “La experiencia de la ‘centroizquierda’ en la Argentina de hoy”, *Casa de las Américas*, N° 246, Enero-Marzo de 2007, pp. 26-40. Un examen más amplio de este tema se encuentra en nuestro *Socialismo Siglo XXI. ¿Hay vida después del neoliberalismo?*, Ob. cit.

proceso que, para triunfar, exige amalgamar múltiples factores y uno de los cuales, absolutamente imprescindible, es la voluntad de la vanguardia o del grupo dirigente. No obstante lo anterior en ciertas vertientes del marxismo se arraigó con fuerza una visión que confería a los elementos estructurales un papel excluyente en la producción del hecho revolucionario.

Paradójicamente, eran grupos más bien identificados con el ultra-izquierdismo los que, impremeditadamente, caían víctimas de un economicismo que, en el fondo, concibe a la revolución como el resultado del indoloro desenvolvimiento de las contradicciones económicas (tal como Edouard Bernstein en su manifiesto revisionista de 1899) en un movimiento cuya mecánica no deja lugar alguno para la voluntad política, como es obvio.

Ahora bien: el medio siglo transcurrido desde el triunfo de la Revolución Cubana demostró que aún existiendo —en algunos países de la región, no en todos— condiciones objetivas muy favorables al desencadenamiento de una revolución esta finalmente no se produjo. Para resumir: a lo largo del siglo veinte asistimos al paso de un voluntarismo extremo —que todavía sobrevive en algunas versiones del infantilismo izquierdista que sostiene que si la revolución no estalló en el resto de América latina fue debido a “la traición de los jefes”— a un economicismo ramplón que dejó por completo de lado la importancia decisiva de la dirección conciente y de la firmeza de la voluntad en la conducción del proceso revolucionario confiando en que el desenvolvimiento de las contradicciones al interior del capitalismo será suficiente para que de ellas broten la voluntad política, la conciencia y la organización requeridas para la revolución.⁶ Lo anterior se combina, por supuesto, con una actitud que,

⁶ Algunas intervenciones recientes de ciertos referentes del pensamiento de la ultraizquierda en América Latina plantean que Chávez, Morales y Correa son “el dique de contención que impide que las masas concreten su revolución.” En un debate reciente habido en Buenos Aires repliqué que entonces toda la discusión sobre el futuro de la revolución latinoamericana se reducía a identificar la mejor forma de eliminar de la escena política a esos traidores al socialismo. “Muerto el perro, muerta la rabia” dice la derecha en su permanente exhortación al magnicidio. Pero, ¿se habrán pasado a las filas de la revolución los escuálidos venezolanos, los fascistas de la Media Luna boliviana, o los oligarcas ecuatorianos, empeñados en tratar de asesinar a esos líderes? ¿Y qué decir de la CIA, que también está buscando la forma de eliminarlos? ¿A qué se deben sus empeños? ¿A la convicción de que la muerte de esos líderes liberaría finalmente el tan ansiado torrente revolucionario —como ocurriera en Indonesia con Sukarno, por ejemplo— o al convencimiento, producto de una larga experiencia práctica en

por una parte, subestima la necesidad de promover la concientización de las masas, es decir, empujar cada vez más los límites de su “conciencia posible” de suerte tal que comprendan que este mundo no es el único que puede existir y que hay otros que es posible alcanzar. Labor que en los últimos años Fidel ha sintetizado muy bien con su fórmula: “batalla de ideas”. Y, de otro lado, un talante que también desprecia la necesidad de mejorar las capacidades y los dispositivos organizacionales de las clases subalternas.

La superación de estos puntos de vista parte del reconocimiento de la futilidad de la oposición radical, tan “a la moda” en nuestros días, entre partidos y movimientos sociales. Se trata de una contraposición que se construye sobre dos falsas premisas: una, que cristaliza indefinidamente el modelo de partido revolucionario concebido por el estalinismo a la muerte de Lenin; la otra, que exalta el “democratismo” y el “basismo” de los movimientos sociales haciendo caso omiso de la persistencia de graves vicios de funcionamiento que no son muy diferentes de los que acosan a los partidos de la izquierda. Superar esta contradicción supone admitir que en las condiciones actuales se requiere de un nuevo modelo de partido revolucionario, adaptado a las características específicas que adquiere el lento proceso de maduración de la revolución en nuestro tiempo. El partido leninista, canonizado como una vanguardia clandestina o semiclandestina de intermitente aparición en la superficie y, por eso mismo, débilmente vinculada a las masas no puede satisfacer los complejos requerimientos planteados por la época actual. Pero la solución a este problema no puede ser ni la renuncia a la conquista del poder, a la toma del poder, como recomiendan algunos; ni tampoco el desbordante —y también ingenuo— optimismo en torno a los movimientos sociales. Entre otras cosas porque dadas sus diferentes características tanto los unos como los otros son ingredientes imprescindibles pero parciales de cualquier proceso revolucionario. La labor integradora y sintetizadora del partido revolucionario sigue siendo absolutamente necesaria, y es una tarea que

esto de abortar revoluciones de que una vez eliminada esa dirigencia que aglutina las esperanzas populares se crearían las condiciones para desencadenar un baño de sangre que arrancase de raíz cualquier aspiración revolucionaria?

ningún movimiento social está en condiciones de hacer; y lo mismo puede decirse de la extraordinaria capacidad movilizadora de los movimientos y del activismo militante que suscitan. Es absurdo, por eso mismo, plantear una dicotomía excluyente entre partidos y movimientos.⁷

Por último, y en este asunto de desmontar el chantaje inmovilista del fatalismo la Revolución Cubana también demostró que no es preciso salir del subdesarrollo para alcanzar notables índices de progreso social.

Obviamente, en una economía desarrollada acceder a los mismos se torna un asunto mucho más sencillo. Pero aún muy lejos de tales condiciones la sola idea de que no es al mercado a quien hay que encargarle la tarea de suministrar los bienes públicos que requiere la población sino que esta es una responsabilidad que tiene —y puede, aún en el subdesarrollo!— que asumir un estado democrático ya de por sí sola produce notables avances en el bienestar y la dignidad de la ciudadanía. Esta constatación es de la mayor importancia porque destruye la creencia (otra vez “libresca” y talmúdica) de que las políticas sociales propias del socialismo sólo son posibles en un contexto caracterizado por un alto nivel de desarrollo. Lo ratifican, además, los datos que surgen de la experiencia de uno de los tres países más pobres del hemisferio occidental: Bolivia, en donde el gobierno de Evo Morales anunció a fines de diciembre de 2008 la práctica erradicación del analfabetismo y en donde se comprueba, al igual que en el Paraguay, como la voluntad transformadora de los gobiernos puede lograr

⁷ En relación con el “partido leninista” es necesario recordar que nada podía ser más ajeno al pensamiento de Lenin, dialéctico por excelencia, que fijar un modelo de partido revolucionario válido para todo tiempo y lugar. En su obra se pueden distinguir varias concepciones diferentes: una primera, que perdura hasta la Revolución de 1905 y que encuentra su máxima expresión teórica en el *¿Qué Hacer?* Una segunda, que se extiende desde esa fecha y hasta el estallido de la Revolución de Febrero de 1917, y en la cual Lenin adhiere a una concepción del partido que se distancia de la anterior —desarrollada bajo el brutal despotismo del zarismo que condenaba a toda la oposición a actuar en la clandestinidad— y cuya expresión teórica se encuentra en su brillante “Prólogo” a la recopilación titulada *En Doce Años*, un texto de 1907, en donde señala que “el *¿Qué Hacer?* es el compendio de la táctica iskrista y de la política iskrista en materia de organización durante los años 1901 y 1902 ... y que seguir sosteniendo que Iskra ... exageraba la idea de una organización de revolucionarios profesionales es lo que mismo que si después de la guerra ruso-japonesa se reprochase a los japoneses el haber exagerado la fuerza militar de los rusos.” La tercera etapa, se extiende desde Febrero de 1917 hasta 1921 o 1922, en la cual la importancia del partido queda totalmente eclipsada por el protagonismo de los soviets. Y una fase final en donde se revaloriza la función del partido y, sobre todo, su tarea como educador de las masas y creador de un nuevo tipo humano. Véase, especialmente para el análisis de las dos primeras etapas, nuestro “Estudio Introductorio” al *¿Qué Hacer?* de Lenin, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2004.

un significativo mejoramiento de la atención médica a grandes sectores de la población. Lo mismo cabe decir de algunas de las políticas que está llevando a cabo el gobierno de Rafael Correa en Ecuador. Y, por supuesto, lo mucho que ha hecho la Revolución Bolivariana en Venezuela. Pero le cabe a Cuba el honor de haber sido la primera que demostró la verdad de este aserto.

Sobre el papel del estado en la construcción del socialismo

Cuba ha sido también un laboratorio en donde se expusieron las peculiaridades que puede asumir la construcción del socialismo en un país del Tercer Mundo. Dado que no hay un modelo para imitar Cuba osciló entre la replicación de la experiencia de otros países —muy especialmente la Unión Soviética, si bien no en todos los aspectos— y una apelación a la excepcional ingeniosidad e inventiva de cubanas y cubanos que se las arreglaron para encontrar respuestas eficaces (no necesariamente eficientes, pero sí eficaces) a muchos de los graves problemas surgidos del bloqueo y la agresión imperialistas, para no hablar de las violentas oscilaciones de la economía mundial. Esa imitación fue posteriormente motivo de fuertes autocríticas por Fidel en numerosas oportunidades. Es cierto que en la práctica no había mucho margen de maniobra, y que la agresión imperialista anuló casi por completo la posibilidad de optar por caminos distintos al que señalaba la Unión Soviética. Pero como Fidel lo recuerda una y otra vez, “cada vez que copiamos nos fue mal.”

Un caso especial de imitación lo constituye el tema de la “planificación central” de la economía, rasgo este que en el pasado fue interpretado como consustancial con el socialismo. Con la ventaja que nos otorga el paso del tiempo hoy podemos tener una apreciación más equilibrada acerca de las virtudes y defectos de ese modelo. No se trata, por supuesto, de renegar de la planificación para caer en la absurda, irracional y reaccionaria exaltación del mercado. Digámoslo de una vez, para despejar cualquier duda, que no existe el “socialismo de mercado”; su status ontológico no es más firme y sensato que el de la cuadratura del círculo. Pero dicho esto conviene recordar que si en el marco del desplome del estado zarista, la Primera Guerra Mundial y la salvaje agresión

perpetrada en contra de la joven república soviética, la socialización de la economía fue asimilada con la total estatización de las actividades económicas, en las condiciones actuales de la economía mundial esa receta no sólo es inadecuada sino, además, contraproducente para la consolidación de un proyecto socialista.

Fue Rosa Luxemburgo quien señaló la importancia de no hacer de una necesidad virtud. Si el modelo de la estatización total de la economía fue una necesidad impuesta por determinadas circunstancias históricas, esto no significa que hoy, casi un siglo más tarde, deba ser la única alternativa para un proyecto socialista. Y esta conclusión es válida aun si se tiene en cuenta, en contra de la opinión del saber convencional de las ciencias sociales y de los ideólogos y publicistas liberales de viejo y nuevo cuño, que en su tiempo ese modelo de planificación centralizada fue altamente exitoso: hizo posible un formidable desarrollo de las fuerzas productivas y convirtió al país más atrasado de Europa a comienzos del siglo veinte en una gran potencia industrial y militar; y, por añadidura, logró que la Unión Soviética tomara el liderazgo en la conquista del espacio exterior en la segunda mitad de la década del cincuenta. Sin embargo, sus logros en una fase de industrialización extensiva, en la cual el énfasis estaba puesto en la producción de bienes de capital, no fueron suficientes para responder eficazmente a los nuevos desafíos planteados por la tercera revolución industrial, con el consiguiente desarrollo de la microelectrónica, las telecomunicaciones, la informática y todas las aplicaciones industriales derivadas de estos adelantos científicos. Así, lenta pero inexorablemente, la Unión Soviética fue perdiendo terreno frente a sus rivales capitalistas hasta llegar a su inglorioso derrumbe final, cuando todo el edificio político construido por la primera revolución proletaria de la historia, un acontecimiento extraordinario en la vida de las naciones, se desplomó sin un solo disparo, y ante la asombrosa indiferencia de la población.

El tema de la magnitud e implicaciones de estos grandes cambios económicos mereció una aguda observación del Comandante Fidel Castro en el ya mencionado discurso en la Universidad de La Habana. Afirmó en aquella oportunidad algo que en nuestros días debería ser objeto de profunda reflexión: "Somos idiotas si creemos, por ejemplo, que la

economía —y que me perdonen las decenas de miles de economistas que hay en el país— es una ciencia exacta y eterna, y que existió desde la época de Adán y Eva. Se pierde todo el sentido dialéctico cuando alguien cree que esa misma economía de hoy es igual a la de hace 50 años, o hace 100 años, o hace 150 años, o es igual a la época de Lenin, o a la época de Carlos Marx. A mil leguas de mi pensamiento el revisionismo, rindiendo verdadero culto a Marx, a Engels y a Lenin.”⁸

Fidel tiene razón: la economía de hoy no es la de hace 50 años atrás. No lo son ni el paradigma productivo, ni las modalidades de circulación de las mercancías, ni las características del sistema financiero ni el entrelazamiento mundial del capital y el de este con los estados de los capitalismos metropolitanos. Por lo tanto, las políticas económicas del socialismo deben necesariamente partir del reconocimiento de estas nuevas realidades. Y, al mismo tiempo, tener la humildad y la sensatez necesarias como para desconfiar de fórmulas librescas, *prêt à porter*, que se presentan como válidas en todo tiempo y lugar para la construcción del socialismo. Lección esta importantísima, no sólo por provenir de quien proviene, sino porque desafía la tendencia pertinaz en la izquierda de reducir la construcción del socialismo a la aplicación de una receta, un modelo, una fórmula.

Decíamos anteriormente que, por las razones ya señaladas, la estatización total de la economía es, en las condiciones actuales, inadecuada y contraproducente. Inadecuada, porque las transformaciones de la economía mundial, dominada sin contrapesos por la lógica del capital, requieren disponer de un amplio arsenal de respuestas flexibles, inmediatas, especializadas y “*locales*”, es decir, que tomen en cuenta tanto el contexto global como el local y el nacional, lo cual es incompatible con la rigidez, la lentitud, la generalidad y el enfoque eminentemente nacional de la planificación integral. Atento a esta realidad, Raúl Castro, en el discurso del 24 de febrero de 2008 pronunciado con motivo de las conclusiones de la sesión constitutiva de la VII Legislatura de la Asamblea

⁸ Discurso en el acto por el sexagésimo aniversario de su ingreso a la universidad, efectuado en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, Ob. cit., pp.20-21.

Nacional del Poder Popular, comentaba que una de las limitaciones del centralismo planificador era “la tendencia a aplicar la misma receta en todas partes. Como resultado de ello, y quizás su peor consecuencia, muchos piensan que cada problema exige medidas de alcance nacional para resolverse”.⁹

En esa misma intervención abogaba por una reforma del estado tendiente a crear una estructura estatal “más compacta y funcional, con menor número de organismos de la administración central del estado y una mejor distribución de las funciones que cumplen”, con lo cual se permitirá “reducir la enorme cantidad de reuniones, coordinaciones, permisos, conciliaciones, disposiciones, reglamentos, circulares, etc., etc. Contribuirá además a concentrar algunas actividades económicas decisivas hoy dispersas en varios organismos, y hacer un mejor empleo de los cuadros.”¹⁰

Como vemos, la dirigencia cubana hace una lectura apropiada de las circunstancias actuales y, dentro de ellas, de las características que deben asumir la estructura y el funcionamiento de la organización estatal y de la economía cubana. Es más: en ese mismo discurso, Raúl sostuvo también hoy algunas condiciones han cambiado y esas “prohibiciones y regulaciones” desencadenan efectos exactamente contrarios a los buscados.

A su vez, un esquema centralizado de dirección y control de la vida económica resulta contraproducente en la medida en que alimenta una vigorosa tendencia a instaurar el predominio de una burocracia que progresivamente se va desentendiendo y descomprometiendo de la construcción del socialismo, convirtiéndose en cambio en celosa custodia de sus privilegios. Las lecciones que se desprenden del derrumbe de la Unión Soviética aportan elementos sumamente preocupados sobre este asunto y que nadie, en su sano juicio, debería pasar alegremente por alto.

Para resumir: si la planificación centralizada y la estatización completa de la economía soviética eran el único camino que se abría luego

⁹ Raúl Castro Ruz, “Mientras mayores sean las dificultades, más exigencia, disciplina y unidad se requieren”, *Granma*, La Habana, 25 de febrero de 2008.

¹⁰ *Ibíd.*

de las jornadas de octubre de 1917, nada indica que hoy, casi un siglo más tarde, sea ese el único sendero por el cual deban marchar quienes luchan por la construcción del socialismo. En el ya mencionado discurso de Raúl se planteó reiteradamente la necesidad de avanzar en el terreno de las alternativas al modelo actual. Aferrarse a un viejo modelo, aunque haya sido exitoso en el pasado, cuando se han extinguido las condiciones nacionales e internacionales que lo hacían posible y razonable, equivale a internarse en una ruta que inexorablemente culminará en un mayúsculo y penoso fracaso. De lo que se trata, en síntesis, es de explorar los múltiples caminos mediante los cuales es posible avanzar en el control democrático y popular de la vida económica evitando entrar en la vía muerta del modelo de la planificación soviética cuyo descalabro debe ser una fuente permanente de reflexión y enseñanzas. Esto para nada significa renunciar al papel rector del estado en la vida económica sino que esa dirección puede procesarse a través de un modelo mucho más flexible y eficiente — inclusive mucho más democrático en la medida en que potencia el control “desde abajo” de la vida económica— en donde grandes empresas estatales convivan con cooperativas populares, sociedades mixtas de diverso tipo (como las que hoy funcionan en Cuba), pequeñas empresas privadas asociadas a otras del sector público y numerosos híbridos empresariales cuyo dinamismo asegurará mejores resultados económicos que los actuales.¹¹

Recordar que el imperialismo es incorregible

Una lección final que nos enseña la historia de la Revolución Cubana es la que demuestra por enésima vez que el imperialismo no está dispuesto

¹¹ Algunos ejemplos pueden ser apropiados para entender nuestro mensaje: ¿tiene sentido la existencia de una empresa estatal destinada a ofrecer servicios de barbería y peluquería a la población?; ¿conduce al socialismo la creación de una empresa estatal destinada a reparar los neumáticos de los automóviles? O, como algunos termocéfalos reclamaban en el Chile de Allende, que “el gobierno popular debía promover la estatización de una pequeña fábrica de escobas que había sido tomada por los trabajadores a consecuencia de una disputa gremial?” El estado dispone de recursos e instrumentos infinitamente más sutiles y eficaces para controlar la economía y evitar la mercantilización de la vida social que la desorbitada creación de empresas estatales para atender cualquier rubro de la vida económica. No es un dato menor recordar que aquellos termocéfalos chilenos se desengañaron y tiempo más tarde se “reconvirtieron” en fervientes adalides del libre comercio y el neoliberalismo. Y lo mismo ocurrió en la Unión Soviética.

a efectuar la menor concesión a un pueblo que lucha por su libertad y autodeterminación. Que el imperialismo es incorregible (a pesar de que algunas mentes extraviadas propongan que no se lo llame ya más por su nombre y se lo haga en cambio utilizando la expresión más amigable de “imperio”) y que por eso mismo jamás aceptará política alguna que ponga en cuestión sus exacciones y tropelías. La incorregibilidad del imperialismo es causada por su estructura, no por circunstancias contingentes y, mucho menos, por el color de la piel del emperador. Por eso no importa cuán justa y razonable sea la iniciativa que lesiona los intereses del imperialismo ni cuán propenso a la negociación y el compromiso sea el gobierno que la promueva. Tanto gobiernos surgidos de una prolongada guerra revolucionaria, como Cuba y, más tarde el Sandinismo; como otros emanados de procesos que se inscribieron íntegramente dentro de la legalidad del estado burgués, como el ascenso de Chávez, Morales y Correa, son objeto de un interminable campaña de agresiones, mentiras y extorsiones que no conoce límite o escrúpulo alguno. Antes ocurrió con los gobiernos de Jacobo Arbenz en Guatemala, de Juan Bosch en República Dominicana, con Salvador Allende y la Unidad Popular en Chile y Maurice Bishop en Granada. Se engañan por eso los timoratos dirigentes de la “centroizquierda” y sus adocenados intelectuales cuando imaginan que las clases dominantes vernáculas —esa burguesía autóctona de la que hablaba el Che, autóctona porque nada tenía de nacional— y el imperialismo van a permanecer de brazos cruzados ante cualquier gobierno que promueva las más elementales acciones tendientes a efectivizar la emancipación de las clases y capas subalternas, el rescate de la soberanía sobre los recursos básicos del país y la autodeterminación nacional. Tal como lo hemos expresado en infinidad de ocasiones, en América Latina al más tímido intento de reforma social se le responde con el desencadenamiento de una sangrienta contrarrevolución. Esto se verificó una vez más en el caso cubano desde el inicio mismo de la revolución, mucho antes de que ésta se declarase como socialista luego de derrotar al imperialismo en Playa Girón. Pero lo que también se comprobó fue que un país comparativamente pequeño y situado a pocos kilómetros del imperio fue capaz de frustrar las intentonas reaccionarias y los propios planes de

dominación imperialista. El factor clave, crucial, que hizo posible tan promisorio desenlace fue la firmeza de la conducción revolucionaria y la unidad de todo un pueblo en defensa de su libertad y dignidad. Conviene no olvidar esta lección.